

LOS MIEDOS CAMBIADOS

Oscar Oszlak

Nunca me había planteado sistemáticamente el tema como objeto de reflexión académica, aunque conocía los pioneros trabajos de Guillermo O'Donnell y Juan Corradi sobre el miedo bajo el autoritarismo. Fue la oportunidad de compartir una mesa redonda en la Hebraica con Horacio Verbitsky, Graciela Fernández Meijide y Jorge Dotti la excusa para articular algunas ideas sobre una materia tan densa e inquietante.

Sólo que en este caso, se trataba de analizar el miedo "residual" en la Argentina. ¿A qué temíamos, como ciudadanos de la democracia, ahora que habíamos recuperado nuestra capacidad de vivir sin la presencia asfixiante del terror autoritario y ya transitábamos el sexto año de vida constitucional ininterrumpida?

La respuesta en esta nota tiene un tono paradójal: tememos la conducta de nuestros semejantes porque no tememos nuestra propia conducta transgresora. Luego de su publicación, la recordada María Herminia Avellaneda advirtió claramente el mensaje y organizó en ATC un programa especial sobre el tema.

En el fondo, el planteo ponía sobre el tapete cuestiones de responsabilidad individual y colectiva, de comportamientos patológicos, de rasgos culturales aberrantes y profecías autocumplidas. Como estas cuestiones no son solamente recogidas en esta nota sino que recorren muchas de las páginas de este libro, decidí que el ensayo le diera el título que lleva.

La recuperación de la democracia ha significado, entre otras cosas, la erradicación del miedo como componente dominante de la vida cotidiana. Me refiero, claro está, al miedo que genera la aplicación sistemática de coerción física y psíquica, ese eficaz recurso que permite al autoritarismo el control social que asegura esta forma de dominación. ¿Significa ello que los argentinos hemos perdido totalmente el miedo? ¿Subsisten, acaso, formas de temor que la democracia no ha conseguido superar... o que tal vez promueve?

Al considerar estos interrogantes, también correspondería tomar en cuenta los miedos **que no existen** en nuestra sociedad, por contraste a lo que ocurre en otras. En este sentido, se advierte que nuestros miedos (y nuestros "no miedos") tienen un aspecto paradójal. Si se me permite una imagen, parecida a la que aplicamos frecuentemente al sueño de los niños, diría que **los argentinos tenemos los miedos cambiados**. Aquello que en otras culturas constituye una fuente de temor, o al menos de fuerte incertidumbre, en nuestro país no despierta mayores sobresaltos. E inversamente, tendemos a crearnos fantasías paranoides en relación a hechos o circunstancias que en otros contextos no generarían esa clase de aprensiones.

Un juicio tan rotundo exige inmediatas aclaraciones. Se me dirá, por ejemplo, que en todo el mundo los pobres temen las consecuencias dramáticas de su condición de tales, los

trabajadores temen el desempleo, y así sucesivamente. Es decir, extensos segmentos sociales comparten sin duda miedos similares, por encima de fronteras nacionales o estadios de desarrollo. No son éstos los temores que concitan nuestra atención, sino aquéllos que nos distinguen frente a otras sociedades.

Una lista de nuestros miedos sorprendería seguramente a un sueco o a un japonés. Y aunque compartimos algunos de estos miedos con otras sociedades del Tercer Mundo, el conjunto nos otorga un perfil claramente idiosincrásico. En la Argentina seguimos temiendo el golpe militar; los empresarios temen invertir en el país mientras que los especuladores temen repatriar sus capitales del exterior; los antiperonistas temen la posibilidad de un futuro gobierno justicialista; los consumidores tememos la inflación galopante; los judíos tememos el antisemitismo; y todos, en general, en mayor o menor grado, tememos negociar y pactar, tememos asumir plenamente nuestras responsabilidades, pero a la vez nos atemoriza la posible impunidad de los actos ajenos.

Cada uno de estos miedos tiene profundas raíces en la experiencia histórica del país, y ha dejado marcas en su cultura, en sus instituciones y en el comportamiento cotidiano de sus habitantes. Y aunque podríamos polemizar sobre los fundamentos reales o míticos de estos miedos, creo más importante destacar, por contraste, los miedos que no existen en la sociedad argentina.

Para que no haya confusión, no hay en este señalamiento una exaltación positiva de la inexistencia de esos miedos, sino todo lo contrario. Mi argumento es que muchas de las actitudes y comportamientos sociales que tendemos a considerar normales -y por lo tanto no alteran nuestro ánimo al punto de generar miedo- tendrían un efecto profundamente perturbador en otras culturas, por su potencial amenaza a normas elementales de convivencia y consecuente riesgo para la seguridad o tranquilidad de espíritu de sus integrantes.

En el reverso de los miedos que no existen en la Argentina se advierte una cultura de la transgresión. No tememos evadir impuestos, ni violar normas de tránsito, remarcar precios, hacer caso omiso de una cola, buscar privilegios, comprar o vender un negro, dar o recibir coimas. Todo esto es tolerado, comprendido, e incluso justificado. A pocos parece temblarles el pulso cuando se trata de elegir la confrontación ciega en lugar de la negociación, el escapismo en lugar del compromiso, la autosatisfacción en lugar de la solidaridad. Simultáneamente, junto con estas pautas de comportamiento, tiende a desaparecer el temor a la autoridad legítima, a la rendición de cuentas y al castigo por la acción irresponsable.

En el fondo, esta ecuación paradójica entre los miedos que existen y los que no existen, podría reducirse a dos términos básicos: tenemos miedo hacia el comportamiento del otro; y nos despreocupa nuestro propio comportamiento. Cuanto menor el temor por nuestros actos, mayor el que sentimos por los de los demás.

Sería un ejercicio profesional ilegítimo intentar una explicación psicológica de esta afirmación. La sociología y la ciencia política ofrecen en parte la suya, al recordar que en este país hemos tenido demasiados años de faccionalismo, de antinomias, de desgobiernos y de impunidad como para que todo esto nos parezca demasiado extraño.

En la sociedad salvaje, el miedo más ancestral es el que se siente hacia el semejante. Como estamos dispuestos a transgredir los límites, tememos que los demás hagan lo propio. Un buen ejemplo fue el "Rodrigazo", típico fenómeno de impunidad colectiva. Yo demandé 175 % de aumento salarial porque lo considero legítimo, o porque espero de ese modo ganarle a la escalada de precios, que por otra parte temo.

En todo caso, el objetivo es "salvarse", ese curioso verbo reflexivo que en este caso aparece expurgado de sus connotaciones religiosas. Aquí no se trata de la salvación por el arrepentimiento y la redención. Se trata -nueva paradoja- de la salvación por el pecado, por la transgresión. Me "salvo" por la gracia del curro, la viveza criolla o los hombres venales, aunque en ese mismo acto - directa o indirectamente, consciente o inconscientemente- contribuyo a hundir un poco más a mi prójimo.

Por eso el miedo, porque tememos la represalia. El miedo es función directa de la incertidumbre que experimentamos, de las variables que no controlamos. Podemos confiar nuestro dinero a un banco suizo, porque su comportamiento es previsible. Pero no podemos prever el ritmo de devaluación de nuestra moneda o los vaivenes de la tasa de interés. Y aunque preferimos ignorar las sutiles conexiones causales entre nuestra conducta como depositantes en el exterior y las vicisitudes financieras de nuestro país, tememos sus consecuencias.

Lo que resulta menos obvio, entonces, es que somos protagonistas de esos procesos que engendramos y destruimos. Somos, a la vez, victimarios y víctimas. Nuestros actos parecen así condenados a materializar las profecías que nos atemorizan. Freud probablemente diría que lo "nuestro", lo conocido y controlado, se vuelve "siniestro" cuando retorna reflejado en el espejo deformado de la acción de nuestros semejantes.

Esta cultura de la irresponsabilidad produjo graves consecuencias en nuestra sociedad. Por sobre todo, tendió a debilitar el tan necesario temor a la indiferencia, a la inescrupulosidad, a la falta de solidaridad y de compromiso social. Miedos necesarios sin los cuales la tan mentada "puja facciosa" pasa a convertirse en el principal principio organizador de la vida cotidiana.

Por cierto, bajo condiciones autoritarias, el miedo a expresarse, a tomar la palabra, pudo haber justificado la ausencia de estos otros miedos, Hoy ya no hay excusas. Si algo hemos alcanzado es la posibilidad de expresarnos sin ser reprimidos. Por lo tanto, estos velos ya no sirven. Los temores a la represión por tomar la palabra ya no pueden ocultar nuestra evasión, nuestra falta de compromiso.

Tal vez por eso, tendemos a buscar otros chivos expiatorios: la inflación, el gasto público, la deuda externa, los servicios estatales que no funcionan, como si todos estos fenómenos fueran totalmente ajenos a nuestra conducta; como si ignoráramos que a través de nuestras propias acciones u omisiones, a través del impacto agregado de las manifestaciones celulares de nuestros comportamientos, estamos contribuyendo a hacer realidad nuestras propias profecías siniestras.